

LOS LIBROS

NOVELA

LA VIUDA DEL CONVENTILLO, por
Alberto Romero.

El último libro de Alberto Romero ha sido editado en Buenos Aires (1). Acaso esta circunstancia sirva de explicación a la importancia que se le concede en sus páginas al almacenero italiano, de tan poca trascendencia en la vida santiaguina y con tan difundida popularidad en la Argentina. También pudiera decirse que el tipo de *macró* consignado en el libro corresponde al generalizado del otro lado del Andes, por lo menos en sus rasgos esenciales. En Chile la profesión de tratante de blancas está desprestigiada entre las propias mujeres de la mala vida, que hacen objeto de su desprecio y de sus reacciones violentas al malevo. Conseguir la mansedumbre de la criolla chilena es tarea difícil, inalcanzable por medio de la fuerza bruta. Un Angelito, que golpea a su china y con todo desenfado muestra ante ella sus éxitos de

tenorio con otras mujeres, es *rara avis* en el bajo fondo chileno. En un caso así, la china se muestra salvajemente indómita. En cambio, en Buenos Aires es posible llegar a un acuerdo comercial, despojado enteramente del truco del amor, entre ambos personajes. El macró *pilcha* a la mujer, la administra y recibe las ganancias de ésta en un porcentaje establecido de antemano. Valgan en apoyo de esta opinión, basada en observaciones directas, los relatos de *El camino de Buenos Aires*.

Nos cuesta trabajo concebir una Eufrasia como la que se presenta en este libro. No acertamos a explicarnos en qué cuarto de hora esta mujer bravía, entera, digna, enamorada, acepta con resignación, sin un solo comentario, la violación de su hija y el amancebamiento de ésta con el propio Angelito. Ni su constancia para entregar el dinero de sus ganancias a un querido que no hace más que golpearla brutalmente y mostrarle sus amoríos con otras chinas.

Así la psicología de los personajes de este libro, salvo el de la celestinesca doña Rosa, no nos parece concorde con el ambiente

(1) Editorial Biblos, Buenos Aires, 1930.

chileno, sino más bien con el argentino. Acaso el autor piensa de igual manera y por eso ha lanzado su libro a la circulación en Buenos Aires.

En cambio, a través de todas sus páginas se advierte una minuciosa y exacta relación de las exterioridades de los bajos fondos. El anochecer en el barrio de las prostitutas; los hotelillos para pasajeros; las casas de cita; toda la *mise-en-scène* está bien presentada. Observaciones justas, ambiente propio, diseñado con cariño, con el apego que a tales barrios tiene un buen noctámbulo andariego.

En la parte susceptible de ser vivida, esto es en aquello que está al alcance de una persona que no pertenece a esos bajos fondos, que sólo contempla más o menos de cerca su existencia, el autor actúa con maestría. Don Fide, el borracho impenitente, bueno en el fondo, incapaz de una canallada como las de Angelito, muere un buen día. El vecindario vindica su memoria. Don Fide se transforma en mito religioso. Se le encienden velas, se le piden gracias, milagros. La viuda, que había pasado siempre inadvertida a los ojos del barrio, adquiere respetabilidad, situación. Las virtudes del finado se recuerdan, se agigantan; los vicios se olvidan. Su viuda llora inconsolablemente. Procura hacer un velorio.

Un buen ataúd, un velorio sonado y la sepulturita son en el cielo, como el traje nuevo, el pañuelo de seda y los zapatos flamantes, una credencial de decencia.

El mejor trozo del libro, el más

verdadero, el más chileno, se encuentra en esta relación. Páginas que muestran un patio del conventillo, con su vida social, sus convencionalismos y sus exigencias. Constituyen un verdadero acierto.

El resto adolece del defecto antes señalado: están destinadas al público argentino.—F. Ortúzar Vial.

BARULA, por Carlos Vattier Bañados.

En realidad no se puede considerar novela este libro (1), de escasas páginas y de parvo tamaño, sino porque el autor ha tenido cuidado de poner la comprometedor palabra bajo el título. Mentalmente el lector recuerda que son novelas libros como *Los hermanos Karamazof*, de Dostoyevsky, y no puede menos de preguntarse qué ha perseguido el señor Vattier con la publicación de estas páginas.

¿Saciarse una sed de publicidad, muy legítima cuando se comienza a escribir? ¿Hacer una confesión de sus propios sentimientos de adolescente y de joven? ¿Esbozar la pintura de un medio social ruinoso y decadente? Creo que es legítimo considerar esta obrita desde los dos últimos puntos de vista.

En lo que toca al primero, *Barula* es muy confuso, debido en gran parte a la insuficiencia que el autor revela en el manejo del estilo y de la lengua. Hay en este libro muchas frases que seguramente han

(1) Santiago, Imprenta Vera, 1930.